

«España, pasión de vida», de Eugenio de Nora

Premio Boscán, 1953

por ANTONIO VILANOVA

La aparición recentísima de la obra del poeta leonés Eugenio de Nora, «España, pasión de vida», galardonada con el Premio Boscán 1953 del Instituto de Estudios Hispánicos de Barcelona y editada a sus expensas (Barcelona, 1954), sitúa nuevamente en el primer plano de la actualidad literaria la creciente importancia de este premio que, instituido por vez primera hace seis años y dotado con una cantidad muy exigua, ha venido a ser por la exigencia y rigor que preside su concesión, el más codiciado de los galardones poéticos que hoy se conceden en España. No creo que el hecho de haber formado parte del jurado que adjudica este premio desde el mismo año de su fundación pueda menoscabar en un ápice la validez de esta afirmación que no encubre propósitos propagandísticos ni interés personal alguno, sino que se reduce a la mera constatación de un hecho reconocido unánimemente por todos los aficionados a la poesía. Constituye un hecho sintomático, en este sentido, que de los cinco poetas galardonados hasta ahora con el Premio Boscán, tres de ellos: Blas de Otero, Victoriano Cremer y Eugenio de Nora, pertenezcan a la brillante pléyade de nueve poetas que integran la famosa «Antología consultada de la joven poesía española», recopilada en 1952, y que incluye, más por defecto que por exceso, los más sólidos valores de la lírica española actual. Es, pues, evidente, que la concesión del Premio Boscán 1953 a Eugenio de Nora por su libro de poemas «España, pasión de vida», no representa en modo alguno el descubrimiento de un valor nuevo e inédito, sino la definitiva consagración de uno de nuestros mejores poetas jóvenes cuya verdadera revelación en el campo de las letras tuvo lugar hace ya nueve años con la publicación de su primer libro de poemas, «Cantos al destino» (1941-1945), aparecido en la Colección Adonais (Madrid, 1945). Es curioso advertir, sin embargo, que después de la publicación de su segundo libro, «Amor prometido» (Valladolid, 1946) y de la concesión del accésit del Premio Adonais 1947 a su tercer volumen de poemas titulado «Contemplación del tiempo» (Madrid, 1948), la obra poética de Eugenio de Nora ha sufrido en estos últimos años una rara interrupción, pues sólo una pequeña parte de su producción más reciente ha aparecido fragmentariamente en las páginas de la «Antología consultada» (1952) y del «Panorama de la poesía moderna española» de Enrique Azcoaga (Buenos Aires, 1953), a través de las cuales ha dado a conocer los mejores poemas de sus dos últimos libros: «Siempre» (1942-1949), ahora ya publicado por Ediciones Insula, y «España, pasión de vida» (1945-1952), cuya reciente publicación, con motivo de haber sido galardonado con el Premio Boscán 1953, ha motivado el presente artículo.

Miscelánea de poemas de estilo y concepción muy desemejantes, aunque hermanados por una preocupación común por el presente y el futuro de España, este libro valiente y apasionado que viene a renovar en torno a la existencia española el angustioso sentimiento unánime, recoge en el fondo composiciones de muy diversas épocas, hasta el punto de que algunos de sus poemas habían ya formado parte, bajo el título genérico de «España mía», de la tercera parte de su primer libro, «Cantos al destino». Publicados otros por vez primera en las ya citadas antologías, el mayor valor y trascendencia de este libro provisional, muy sin cerrar aún, según afirma el propio autor en el prólogo, estriba en contener algunos de los mejores poemas escritos por el autor y que cuentan entre los más altos aciertos líricos de la poesía española de la postguerra.

Partiendo de su esencial preocupación por el hombre y por la existencia humana, formulada ya en unos versos de su primer libro: «puesto que vano, vano, fútil y sin destino — es todo lo que fuera del hombre sucede», Eugenio de Nora

ha adoptado en los poemas recopilados en este libro la fórmula más perfecta y lograda de lo que podríamos llamar poesía social, como expresión de un sentimiento a la vez personal y colectivo. El modelo inicial de los versos de Miguel Hernández y de los poemas mejor logrados de Alberti en la «Capital



Eugenio de Nora

de la Gloria», han inspirado sin duda su bellísimo Canto a España, cuyo ritmo solemne y majestuoso deja paso, tal vez con exceso, a un irreprimible énfasis retórico perceptible en otras composiciones del mismo género. El ejemplo impar y señero de don Antonio Machado ha

inspirado tal vez el magistral poema titulado «Pueblos de la meseta», y un análisis minucioso de los restantes poemas revelaría quizá otras reminiscencias e influjos que, a fin de cuentas, no harían más que evidenciar las mayores predilecciones poéticas del autor. Lo que importa ante la potencia e irreductible originalidad de su obra es darse cuenta de que estamos ante uno de los más positivos valores de la poesía española de hoy, cuya obra presenta una mezcla de gravedad meditativa y de rabiosa pasión que le aleja definitivamente del subjetivismo esteticista vigente en la poesía de entreguerras. Es esta la obra de un poeta para quien la poesía es ante todo humana y social, nunca puramente artística o intelectualizada, y cuyo mayor empeño estriba en cantar la mediocre, angustiosa y triste abyección de la vida real, ante la que adopta una actitud pesimista y desolada. Frente a la radiante visión de un paraíso soñado, frente a la sublime idealización de una pura idea amorosa transfigurada en una entelequia angélica y celeste, Eugenio de Nora describe la belleza grosera y sórdida de la realidad, el prodigio oscuro y vulgar de la existencia cotidiana, la ilusión y la amargura que alienta en los hombres de los pueblos y las tierras de España. Poesía colectiva y social, perfectamente acorde con la actual preocupación por la existencia, por el común destino de la condición humana, que pretende proyectar sobre más amplios sectores la reclusión hermética y minoritaria del arte deshumanizado y de la poesía pura. Poesía, sin embargo, a menudo artificiosa y retórica, que exige una exquisita simplicidad, una sobria y armoniosa llaneza y una autenticidad humana que esté por encima de las fugaces contingencias del momento y que, como en sus momentos más logrados, alcance una calidad intrínseca eterna y perdurable.

ESCAPARATE

«EL BALLETE», por Theodor Dumond. Editorial Fama. Barcelona, 1954.

El ballet es un arte único, un arte de una emocionante fragilidad y, al mismo tiempo, enraizado por la magia del ritmo con lo más profundo de nuestra sangre. El ballet tiene, todavía hoy, algo de aquel conjuro prehistórico, gracias al cual lo explican los estudiosos: tiene un extraordinario poder de seducción, la llave del éxtasis.

Theodor Dumond ha compuesto su libro para explicarnos la historia, la evolución y la técnica del ballet. Desde Luis XV hasta nuestros días, el autor recorre unos hitos inolvidables del arte de la danza. Diaghilev, Nijinsky, Massine, Pavlova son nombres indiscutibles, pero junto a ellos Dumond tiene el acierto de alinear datos y noticias acerca del ballet actual, breves, pero orientadoras. El libro no pretende ser una historia completa, sino un manual de iniciación, aunque para todos pueda ser útil. Incluye también la explicación de algunos de los ballets del repertorio mundial — desde «Giselle» a las obras de Bliss — y la última parte del volumen está dedicada al examen de la técnica de la danza, en forma muy clara y ayudándose el autor con ilustraciones.

Un interesante vocabulario se inserta al final de la obra; la recomendamos a la curiosidad del lector aficionado.

«CAMINS DE NIT», por Sebastián Juan Arbó. 2 vols. — Editorial Selecta. — Barcelona, 1954.

De esta magnífica novela, tan conocida de todos, Editorial Selecta acaba de efectuar un nuevo lanzamiento. Para ello, Sebastián Juan Arbó ha procedido a una cuidadosa revisión del texto oficial, y después de suprimir cuanto le parecía accesorio, la versión que hoy nos da de «Camins de nit» puede considerarse como definitiva.

Sería inconveniente pretender descubrir ahora al autor y a su obra. Pero si queremos hacer constar que «Camins de nit» nos parece una de las novelas más importantes y significativas de Arbó. Este vigoroso drama promovió ya, cuando su primera aparición en 1936, un notable revuelo. Arbó ha incorporado con sus libros, de una manera violenta y colorada, las tierras ribereñas del Ebro a la necesitada novela catalana. «Camins de nit», exponente logrado de una línea novelística altamente meritória, es un título que no debía quedar por más tiempo ausente de la colección en la que hoy aparece. Prueba de ello es que la presente edición de «Camins de nit» es la que

lleva el número cuatro, y no será la última.

Sobre esta novela que en veinte años ha afirmado sólidamente su valor llamamos hoy la atención del lector.

AULI, FILL DE PILAT, por Juan Duch. Grases, editor. — Barcelona, 1954.

En la nueva colección «Lletra» del editor Grases ha aparecido, con el número uno, el relato de Juan Duch «Auli, fill de Pilat». Duch no es precisamente un novelista, y su actividad, a lo largo de los años, se ha desarrollado sobre todo en el campo de la revista y la novela.

«Auli, fill de Pilat» es una novela corta que tiene por tema la muerte de Jesucristo. Es un tema delicadísimo, que puede empañarse, como el cristal, ante unas palabras inoportunas y dichas a una temperatura inadecuada. Concretamente, el relato de Juan Duch se centra en la incompreensión con que la mayoría de los participantes en el drama contemporáneo las escenas de la Pasión de Cristo. «Auli» será uno de los pocos tocados por el ala invisible de la gracia. La narración es fluida y mantiene con escasas depresiones un ritmo interesante y una hábil construcción novelística. Quizá el autor se preocupa por recoger en su mano el destino de demasiados personajes, pero el capricho del azar no perjudica la fuerza con que Duch dirige la historia. El estilo y lenguaje, muy cuidados, así como la ambientación, que no ha sido forzada.

EL ASNO LLEGÓ UN POCO TARDE, por Henri Brochet. Barcelona, 1954.

¿Quién es Henri Brochet? El traductor de esta pieza teatral, P. Ramón Castellort, nos proporciona algunos datos sobre él. Nació en París en 1898. Se dedica primero a la pintura, luego al teatro. Con Ghéon crea los «Compagnons de Notre-Dame», formación que recorre las ciudades con un repertorio católico. Fué autor, actor, director de escena, decorador... Escribió cerca de 200 obras, muchas de ellas traducidas a diversos idiomas.

«El asno llegó un poco tarde», que califica de «pastoral en un acto», es una curiosísima obra de teatro. El asno es en realidad el asno de la Navidad. Y si llega tarde es porque su alma no está hecha de la misma pasta que la del buey, cachazudo y egoísta, avaro de la noticia que acaba de oír de labios del ángel. El asno, por el contrario, corre a esparcir la buena nueva a todos los asnos del mundo; no podría guardarse para sí el jubilo secreto. Sobre un hilo argumental tan tenue y delicado, Henri Brochet ha compuesto su breve escena con viva gracia y ternura. Esta suave apología de los corazones sencillos y generosos la plantea el autor utilizando una técnica inspirada en el teatro medieval.

La traducción que ha realizado el padre Castellort, también el excelente dramaturgo, es acertada y eficaz, agradablemente suelta. Debemos agradecer al escritor escolapio la presentación a nuestro público lector de esta original creación.

TRAS LA SENDA POÉTICA DE CELIA VIÑAS



CATEDRÁTICO del Instituto de Almería, dedicada al teatro, a la biografía, a la novela y a la poesía, Celia Viñas es una típica encarnación de aquellos profesores de Literatura inventores de obras literarias, no meros preceptistas, que tanto se complacían en subrayar, con tino y énfasis, don Juan Monera y Puyol. Su extraordinaria vitalidad, su rendimiento pedagógico, sus dotes de creación capaces de formar inteligentemente un alumnado desde el teatro clásico hasta los deportes y las excursiones artísticas, deben de convertirla en el colaborador heroico, símbolo y guía, que todo director de Instituto desea tener a su lado para atender en todos sus aspectos al complejo y pequeño mundo de un centro medio escolar. Como los homéricos

pastores de pueblos, Celia Viñas conduce — he aquí otra «dux femina» virgiliana — con garbo multitudes de inteligencias jóvenes: de ellas saca los ilustradores, los embajadores y los epiloguistas de sus escritos. ¿No es admirable esta poco corriente labor de equipo?

Pero conduce, ante todo, una muchedumbre de arrostos, iniciativas y realidades propias. La preceptiva literaria no es en Celia una asignatura que hay que enseñar y preguntar, sino una norma que debe practicarse con personales ejemplificaciones: exponiendo por consiguiente, sus frutos al peligro de la ajena algarabía y a la voz de los jurados y de la crítica. En las votaciones del Premio Nadal ha sonado dos veces su nombre; ha conseguido un accésit al Nacional de Literatura; ha estrenado una comedia. Pero creo que, ante todo, es la poesía el vehículo normal de su espiritualidad nerviosa y vibrante. Sólo a su poesía aspiramos ahora a referirnos.

La poesía de Celia plantea un previo problema: el del bilingüismo. Es este un fenómeno ya antiguo, con los antecedentes proceres de Juan Alcover y de Miguel Costa, que en los tiempos actuales ha cobrado una nueva dimensión. Entre los premiados o finalistas de los últimos premios «Ciudad de Barcelona» figuraban poetas bilingües. Deliberadamente recuso ahora la explicación o la crítica de un procedimiento que a muchos, por lo menos a quienes otorgamos al ser lingüístico sustancia poética, no puede, claro está, convencernos. En el caso individual de Celia Viñas, afincada desde hace más de diez años en Almería, en un «Sur de pandoretas y cintajos de colores» (es más: en un mundo que le ha llegado a robar su isla mediterránea), el recurso puede llegar a adquirir carta de naturaleza. Aquí, por si fuera poco, Almería, «mi Almería», ha logrado hacerse nombre... Una mallorquina andaluza puede parecer, como la española inglesa, un contrasentido; pero hay contrasentidos que son ya verdaderas formas de vida.

El andalucismo de Celia Viñas data de 1946, en que nos llegó inesperadamente su «Trigo del corazón». La secesión fué, para algunos, escándalo. Pero lo cierto es que Celia había asimilado, con éxito, una experiencia interesante: «Ecos de folklore popular, motivos e influjos lorquianos — como apuntaba Angel Valbuena, su antiguo maestro de Literatura —, temas de mar, de puerto, de religiosidad cristalizaban en canciones, sonetos, letrillas, tercetos y madrigales que revelaban una poesía lograda, henchida de fuerza y de expresión, desbordada de su propio contenido, pero justa a un tiempo en su línea barroca. Por la más pura unidad de inspiración, en cambio, se regía su segundo libro, «Canción tonta en el Sur», aparecida dos años después. La infancia era la única dimensión de este libro: una infancia avispada y espontánea, totalmente ajena a formularios, a tópicos e interferencias. No debe de ser fácil despojarse de bagajes culturales a una escritora tan rica en conocimientos como Celia Viñas. Sólo con su trepidante alegría y su voluntad de inocencia se podían conseguir estos ritmos inasibles, estos encajes finísimos de imágenes y sensaciones acústicas, estos juguetes de corazón diminuto y ya rebosante de ilusiones y gritos.

Ambos libros definen, de manera múltiple, una verdadera vocación poética y humana capaz de ensanchar sin desmayo sus horizontes y de abordar los temas más universales de la lírica. Creo que el último libro de Celia, «Palabras sin voz», publicado el pasado año en la colección Ifach, es, como momento culminante de su arte, la prueba de esta capacidad. Esta poesía recia, simple, amasada con sales, pulpa de uva y oro de piedras antiguas, deja una imborrable impresión. Finalmente, con este volumen, Celia se ha decidido por la presentación tipográfica noble y limpia; este marco favorece sin duda la íntima complacencia en la lectura lenta, libada a sorbos, de su poesía. Con un nuevo señorío en la técnica y el léxico, con un aliento que remozca, como en broma, las más acrisoladas virtudes de la poesía clásica española, se derrama aquí el corazón sobre el mapa físico y humano de la tierra: junto a Andalucía, Castilla y como un efluviio sólo presentado, Mallorca. El hombre es ahora un factor importante, a través de la escultura, la pintura, la literatura o la danza, en esta novísima etapa, caracterizada por una perfecta geometría y por un constante temblor de vocablos sorprendidos en toda la profundidad de su sentido y de su gracia primitiva. Si Celia consigue no raramente estos efectos como quien juega con fonemas y con letras, casi humorísticamente — véase el subtítulo «Sonetazo con hiatos» o el verso «preso, preso, obseso en contrapeso» de un soneto a Nijinski —, no pondrá refugio en duda que esta fácil audacia acusa un largo proceso de refinamiento y de sumersión en la interioridad de la palabra: de la palabra que, aquí, no tiene voz.

Sólo por un rasgo externo, el del tema insular, puede relacionarse con «Palabras sin voz» el reciente libro de Celia Viñas, «Del foc i la cendra», con el que inaugura su bilingüismo dentro de la colección Les Illes d'Or, invocando las luminosas sombras de Gabriel Alomar y de Bartomeu Rosselló-Pórcel. Con la dedicataria sitúa Celia su nuevo libro bajo la protección de la más augusta ascendencia. Nacida en Lérida, pero arraigada en Mallorca desde su infancia, había ya cultivado en su adolescencia la poesía catalana: la primera parte del presente volumen comprende el periodo 1935-1939, es decir, lo que ella inexactamente denomina «poemes de cendra». La llama es aún viva y alta en ellos, aunque la fantasía y la pasión iluminan con inédito ardor los poemas de su madurez, presididos por la maravillosa serie «Cançons de la calas». Los sentimientos sufren aquí una exaltación impávida y ríspida, hasta resolverse en cadencias epigráficas o en croquis fragmentarios, más llenos de sugerencias que de valores individualmente visibles. Cuando Celia escribe que sembrará corales bajo la hierba para que las cabras se hagan púrpura, sentimos que toda su poesía responde en realidad a una metamorfosis de esta naturaleza: síntesis de simbolismo y de surrealismo, expresada sin dureza ni oscuridad, medida según el compás de su alborozada imaginación. Pese a cierta cantidad de dialectalismos y barbarismos innecesarios, la categoría poética de Celia Viñas triunfará en el mando de estos hombres cada día más exigentes y más expertos en el reconocimiento del arte.

MIGUEL DOLÇ

1ª COMUNIÓN **ESTILOGRÁFICAS**
 Los mejores marcos: PARKER • WATERMAN • PELIKAN
 MONTBLANC • SHEAFFERS • SUPER T • ECI.
 TALLER DE REPARACIONES
Central Estilografica
 PUERTA FERRISA 17 TEL 314386